

FREDERICK COOPER: *Africa since 1940. The past of the present*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002. 216 páginas.

Cuando un historiador del talento de Frederick Cooper reflexiona sobre realidades contemporáneas, como en este libro sobre África, podemos encontrarnos con una contribución que va más allá de la historiografía, y que propone a las ciencias sociales formas frescas de contemplar las relaciones humanas de nuestros días, en el continente africano y en otras partes del mundo. En poco más de 200 páginas, nuestro autor se enfrenta con éxito al viejo reto de proporcionar claves interpretativas que atiendan, por una parte, a la historicidad particular de las poblaciones africanas, y por otra, a las conexiones transnacionales y a la inserción de los africanos en procesos amplios que superan las fronteras locales, estatales y continentales.

Son varias las constantes y los hilos argumentales que se tejen con destreza en este trabajo. Uno de los debates que tácitamente mantiene nuestro autor es con cierta visión de las sociedades africanas como departamentos estancos, cuya coherencia cultural y espléndido aislamiento fue roto brutalmente por la expansión europea. Cooper, para quien la historia, y no las esencias culturales, es la que ha definido lo que hoy entendemos por África, insiste en las conexiones amplias y las redes de influencias mutuas en las que siempre se ha visto inmerso el continente. Reconocer la existencia de permanentes intercambios, materiales y culturales, no obsta, sin embargo, para analizar las formas concretas de esos vínculos en las últimas décadas, que se concentran a menudo en canales estrechos y focos de intensas relaciones con la economía mundial, rodeados de áreas mucho más desconectadas. Y tampoco obliga a ocultar las desigualdades que adoptan esas relaciones.

El cuestionamiento de la clásica división temporal entre etapas precolonial,

colonial y postcolonial es otra de las constantes de este trabajo. El libro se sitúa precisamente a caballo entre los últimos tiempos del colonialismo y la era de las independencias. No porque minimice, al estilo de las teorías del sistema-mundo, las importantes transformaciones que supuso la descolonización política, sino porque está interesado en mostrar las continuidades de dinámicas sociales y económicas que se iniciaron durante la época tardocolonial y que prosiguieron durante los primeros gobiernos nacionalistas, como fueron las políticas desarrollistas. Los cambios más importantes en el ámbito económico, por su parte, no iban a coincidir con la descolonización de los años sesenta, sino que tendrían lugar con la crisis de la década siguiente.

El esfuerzo del colonialismo por reestructurar los sistemas productivos, políticos y culturales a través de la “reproducción de diferencias sociales y culturales” (p.16), con el doble objetivo de mantener el orden y hacer lucrativas las posesiones del imperio, se vio enfrentado con sus propias contradicciones desde los años treinta. La situación colonial generaría procesos y actitudes en los colonizados que iban más allá de lo previsto por los planificadores y funcionarios metropolitanos. El relato atiende a los prósperos agricultores de África occidental, a los campesinos desposeídos de Kenya, a los intelectuales educados en las escuelas coloniales, a los trabajadores inmigrantes en las ciudades y las minas de África Austral, a los movimientos milenaristas de inspiración cristiana o islámica, a la recreación de cultos religiosos, a las pequeñas productoras y comerciantes... Todo ello para mostrarnos unos años cuarenta de cambios intensos caracterizados, entre otras cosas, por el surgimiento de oportunidades que muchos africanos aprovecharon para prosperar

económica, social o políticamente. Acontecimientos originados más allá del continente, especialmente la Segunda Guerra Mundial y sus efectos en la estructura de poder y los lenguajes internacionales, también reverberarían profundamente en el devenir de la vida de los africanos.

Las narrativas nacionalistas tienden a ver estas transformaciones como parte y preludio de lo que más tarde serían las reivindicaciones de independencia y la misma descolonización. Sin embargo, uno de los argumentos centrales de nuestro autor —desarrollado extensamente en su anterior *Decolonization and African society* (Cambridge, 1996)— es que a estas alturas muchas eran las posibilidades abiertas, y variadas las reivindicaciones de los colonizados, y no todas se dirigían a exigir el fin del colonialismo tal y como éste aconteció. Las exigencias e imaginaciones de los movimientos sociales que entonces se articularon se dirigían en varias direcciones: a mejorar las condiciones laborales de los trabajadores asalariados, a regenerar cultos religiosos que dieran sentido a los cambios que se sufrían, a buscar una mayor ventaja de los mercados internacionales, a eliminar las leyes más ultrajantes, a conseguir la igualdad de oportunidades de los africanos educados con sus colegas europeos, o simplemente a conseguir la igualdad ante la ley de todos los súbditos del imperio.

Muchos de los lenguajes utilizados, como el de los derechos o más tarde el de la soberanía, fueron tomados de las culturas políticas del propio colonizador; pero ello, más que la hegemonía colonial, es prueba de la agencia de los africanos y su capacidad de utilizar conceptos e imágenes originados en el centro del imperio para reivindicar su transformación del mismo. Por su parte, los colonizadores no se quedaron impasibles, sino que trataron de mantener el control de la situación modificando algunas de las reglas básicas del sistema colonial. Los años cuarenta y cincuenta fueron décadas de

reformas políticas y de programas de *desarrollo*, con los que las principales potencias coloniales, ofreciendo cierta canalización a las reivindicaciones de trabajadores e intelectuales, trataron de domesticar las nuevas fuerzas sociales desencadenadas. Como señala Cooper, a estas políticas se las entendía como de *estabilización*.

Pese a todos los esfuerzos, los europeos perderían el control político del continente, comenzando por los más reformistas (británicos y franceses). Junto a episodios violentos en Kenia o Camerún, o las largas guerras de liberación de África austral, gran parte del continente dio fin al dominio colonial a través de procesos de negociación entre los funcionarios coloniales y la élite nacionalista, convencida ahora de que sólo la soberanía y la independencia estatal darían satisfacción a sus expectativas. La pluralidad de reivindicaciones y aspiraciones que habían florecido en las décadas anteriores, se vieron reducidas por el nacionalismo al objetivo de lograr que cada territorio colonial fuera reconocido como un Estado soberano e independiente.

Con la independencia política terminaron los tímidos ensayos tardocoloniales dirigidos a ampliar la “ciudadanía del imperio”, en el caso francés, o la autonomía de gobierno en el África occidental. Cooper llega a insinuar que la retirada de los europeos puede entenderse en parte como la última respuesta colonial a las crecientes demandas de derechos por parte de los colonizados, que enfrentaban a los colonizadores con su propio discurso civilizatorio, cuyas últimas consecuencias nunca mostraron intención de cumplir. Las potencias coloniales vieron en la independencia política la mejor manera de librarse de las crecientes responsabilidades que estaban asumiendo con sus políticas de desarrollo y estabilización, al tiempo que aspiraban a mantener los viejos vínculos económicos con sus antiguas colonias.

A pesar del proyecto nacionalista de acabar con la situación de dependencia respecto de las industrias y los mercados metropolitanos y además cumplir con la promesa desarrollista, África continuó efectivamente conectada a la economía mundial a través, en gran medida, de los canales establecidos por el sistema colonial. Ello fue consecuencia de la opción de las élites postcoloniales que prefirieron conservar las bases materiales del aparato colonial, sobre el que construyeron los nuevos estados independientes. Si la colonia funcionó como intermediario entre las poblaciones africanas y los estados industrializados, de donde provenía su capacidad militar, el estado postcolonial continuaría este papel de canalizador principal de recursos, alimentando, de esta manera, a los grupos sociales que ocupaban el poder.

Esa situación es descrita gráficamente por Cooper con la imagen del *gatekeeper state*, el estado “que guarda la puerta” o estado bisagra. Si la competición entre las élites africanas por el poder del Estado se ha hecho tan intensa, es porque lo que está en juego es la principal fuente de acumulación de riqueza que se encuentra en la función de intermediario económico y político que cumple el Estado. Jean-François Bayart hablaría aquí de la *extroversión* de las sociedades africanas. Lo que la independencia intensificó fue la estructura clientelar y personalista que vincula al Estado con el resto de la sociedad, que si no exclusiva del contexto africano (“todos los estados funcionan como una mezcla de lazos y estructuras formales”), se hace aquí más dramática por el excesivo “foco de los sistemas de patronazgo en un solo punto” (p.159). De esta manera, mientras las capacidades productivas en África se han mantenido relativamente limitadas, las capacidades de acumulación y represión del Estado han aumentado de forma espectacular. Pero a pesar del permanente recurso que hace a la violencia arbitraria y “banal”

—en expresión de Achille Mbembe—, el estado africano es tremendamente vulnerable, debido precisamente a la competición y la presión a la que es sometido desde determinados sectores sociales, que en los casos más extremos se expresa a través del conflicto armado.

¿Qué había pasado con los proyectos desarrollistas del nacionalismo independentista? Si por una parte se alcanzaron ciertos logros en cuanto a la mejora y ampliación de los servicios sanitarios y educativos durante los primeros años, por otra pareciera que el desarrollo no se hubiera intentado seriamente, como acusaba Claude Ake en sus últimos tiempos. El intento de fundamentar estos proyectos en la explotación de la producción campesina dirigida a la exportación, la preocupación de los gobernantes por mantener en vigor viejos vínculos con patrones internacionales, y la necesidad de engrasar las redes clientelares del Estado con más y más recursos, abocó al fracaso de la promesa desarrollista. Su virtualidad consistió en servir como justificación para exigir la sumisión incondicional al gobernante y para llevar a cabo políticas represivas contra disidentes de cualquier tipo, acusados de poner en peligro el programa modernizador. Ante esta situación, el campesinado ha mostrado muchas resistencias a participar en los planes del Estado, retirándose, cuando le convenía, a la agricultura de subsistencia.

La disminución de los precios de las materias primas y la acumulación masiva de deuda contribuyeron también al fracaso del proyecto desarrollista. Los años setenta y ochenta vieron la progresiva decadencia económica del continente y el aumento del protagonismo de las Instituciones Financieras Internacionales en el escenario africano. A cambio de su ayuda económica, las IFIs exigieron la aplicación del llamado ajuste estructural, consistente en la disminución del gasto público y la eliminación de los impedimentos estatistas al funcionamiento de los mercados interna-

cionales, revertiendo de este modo el paradigma del desarrollo que había dominado el pensamiento económico en África durante las décadas anteriores. El problema de los Planes de Ajuste Estructural no fue únicamente que con la disminución de servicios sociales básicos se afectara negativamente a sectores vulnerables de la población africana, sino que “no lograron transformar las condiciones estructurales o históricas que dieron lugar a los estados bisagra” (p.160). Las nuevas políticas económicas, al acentuar la merma sufrida por los recursos a disposición del Estado, han acrecentado además el número de grupos sociales excluidos del poder y la virulencia de la lucha política, algo que los esfuerzos de democratización desplegados en la última década no logran todavía canalizar.

Finalmente, Cooper no intenta soslayar la espinosa cuestión de las responsa-

bilidades o incluso de las propuestas. Advirtiendo de las constricciones estructurales en las que tienen que funcionar las poblaciones y los gobiernos africanos, insiste en la capacidad de actuación y el protagonismo de estos últimos en la configuración de la actual situación en África: es evidente que las élites postcoloniales apenas se han mostrado más dispuestos que los colonizadores a atender a las necesidades del campesinado y a la creciente población urbana. En cuanto a las propuestas del autor, animo al lector a encontrarlas por sí mismo al final de un libro plagado de aciertos metodológicos y de nuevas miradas e interpretaciones a una realidad que demasiado a menudo nos asalta con imágenes, apenas explicadas, del desastre.

ALICIA CAMPOS SERRANO